

EL ESCRITOR Y LOS MEDIOS DE DIFUSION

 JUAN PAEZ AVILA



No hay nada más vinculado al escritor, que la comunicación. Se escribe para comunicar algo que el autor considera que es importante para la sociedad incluso para la historia. Para que tenga un efecto trascendente, la escritura necesita canales de comunicación para llegar al receptor. El libro, como medio tradicional de comunicación del escritor con la sociedad, ha cumplido, cumple hoy y cumplirá en el futuro un papel fundamental en la difusión de ideas, en la educación y en la consolidación de la cultura del hombre. Por diversas razones —que no es procedente analizar aquí —el libro siempre llegó a núcleos reducidos de personas. Y aunque ha existido un excedente de libros en el mercado, millones de hombres y mujeres han vivido al margen de sus contenidos, de sus mensajes, de sus valores integrales. La lectura del libro ha exigido un hábito del hombre, un interés especial, una identificación con la cultura. Pero . . . ¿Podría afirmarse que los millones de seres que no leen libros, no son susceptibles de adquirir hábitos, de recibir un estímulo y despertar en ellos un interés por la lectura y de hacerlos aptos para la identificación con el progreso espiritual de la humanidad . . . Hasta hoy, en el mundo en que vivimos la lectura de libros está reducida a porcentajes mínimos. Sin embargo, millones de personas, que forman altísimos porcentajes, reciben millones de mensajes a través de los medios de comunicación social: Impresos y radio eléctricos. El libro no ha sido ni será eliminado. Pero en nuestro tiempo es competido peligrosamente, al extremo de que millones de personas lo consideran innecesario para hacerse de una cultura. De una cultura de masas, con gravísimas implicaciones sociales, económicas, políticas y humanas en general.

El libro fue creado y se ha preservado como un instrumento técnico, para transmitir a través de él la creación estética del hombre, la investigación científica y toda manifestación intelectual de algún valor histórico. Antes de la imprenta, antes del libro, el hombre escribía y se comunicaba a través de otros medios de menor alcance. En nuestra época la tecnología ha creado poderosos medios de comunicación que el escritor no utiliza o utiliza muy poco. Hay que desmitificar el libro como vehículo exclusivo de transmisión de la cultura o de transculturación. El libro es portador de ideas, mensajes, signos, símbolos, sugerencias y en especial lenguaje, es decir, todo un mundo de creaciones del hombre. El libro es también un invento técnico del hombre. Y para

que no haya dudas, una creación técnica perdurable, que ha hecho posible la transmisión de los conocimientos científicos, tecnológicos y humanísticos hasta importantes sectores sociales, aunque minoritarios.

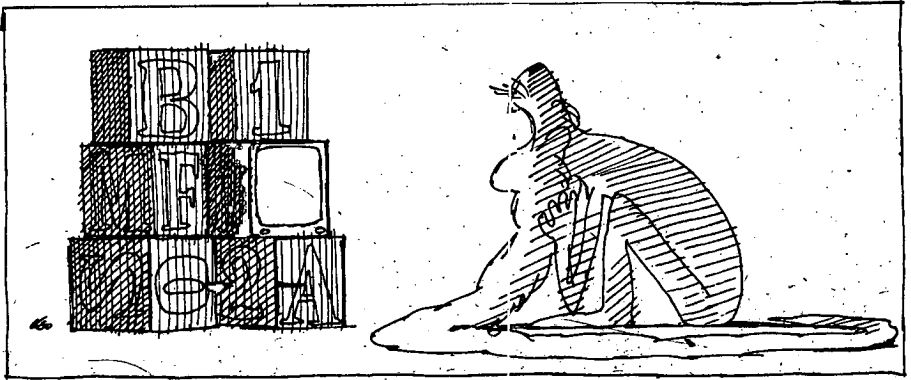
Los valores del libro no sólo son indiscutibles, sino también palpables. En cierto modo, el lenguaje estampado en sus páginas es lo que preocupa y congrega a los escritores que participan en este Congreso de Lengua Española. Pero el libro ha sido un vehículo ineficaz para hacer llegar la palabra del escritor, impresa en sus páginas, hasta la mayoría de la población de los países de nuestra lengua. Si aspiramos a que el escritor haga llegar su palabra al mayor número posible de personas, tiene que utilizar, además del libro, otros medios de comunicación.

La tecnología ha puesto en poder del hombre importantísimos medios de comunicación social, que no han sido utilizados por el escritor. Es más, el escritor ha sido desplazado de la prensa, el medio de comunicación social - antes de que surgieran los medios radio-eléctricos - de mayor penetración y alcance cultural. En la historia del periodismo hay etapas estelares de la prensa de habla castellana, en la que convivían los periodistas y los escritores para hacer un periodismo de alta calidad. Periódicos y revistas dirigidos y redactados por escritores y periodistas cubren una importante etapa de la historia de la cultura de lengua castellana. José Ortega y Gasset -para mencionar a uno de los más grandes pensadores de nuestra lengua en el siglo veinte- escribió casi toda su obra portentosa en las páginas de "El Sol" y de la "Revista de Occidente", incluso en otros como "El Imparcial", "Lectura" y "Revista de Libros". Muy pocos escritores han alcanzado el nivel de Ortega, aunque hayan sentido alguna vez cierto desprecio por el periodismo, tratando de establecer una marcada diferencia entre uno y otro quehacer intelectual. Y Don Miguel de Unamuno, Azorín y Baroja, dejan huella resaltante y de extraordinaria proyección en la prensa de su época. Centenares de miles de personas tuvieron fácil acceso al pensamiento de estos grandes escritores de habla española, en un momento en que la circulación de los periódicos y revistas, no tenía los tirajes que ha alcanzado en nuestros días.

En Venezuela para citar el caso que más conocemos, los escritores estuvieron más cerca del país y dieron mayor impulso a la cultura, cuando, además de trabajar el libro, tuvieron destacada participación en la prensa. Antes de la Radio y la TV, antes de que la prensa se convirtiera en una industria vendedora de noticias, la presencia de los escritores en ese medio, hizo del periodismo, con Andrés Bello, Simón Bolívar y Francisco de Miranda como sus precursores, el mejor de nuestra historia, e hizo del escritor el cerebro directriz de la opinión pública y el verdadero sustentador de la cultura existente.

Los verdaderos escritores apenas si ocupan una página de las decenas y hasta centenares de páginas de los grandes periódicos y revistas de esta época. Hay excepciones, desde luego, pero la regla es que la opinión de los escritores ya no forma parte fundamental de la política informativa de los medios impresos. Y lo más grave aún es que pareciera que la mayoría de los escritores concibe al periodismo como un género menor, indigno de su escritura, con lo cual contribuye a su propio aislamiento y convierte su pensamiento en inaccesible para la mayoría de la población. La industria periodística no lo busca, porque lo considera secundarios para sus objetivos de lucro. El pensamiento no vende y no debe ocupar espacios requerido para la publicidad, que se convierte en el desideratum de la prensa. La consecuencia es elemental, visible, constatable: la prensa se convierte en un medio para producir dividendos a la más alta tasa de inversión; el escritor es ajeno a la orientación de la opinión pública; surge la llamada cultura de masas, alimentada por los medios de comunicación social, con el más bajo porcentaje de cultura propiamente, surge la negación de la cultura.

Sin embargo, ¿hay espacio y tiempo para poner en contacto al escritor con la sociedad, a través de los medios masivos de comunicación? La situación se complica con el surgimiento de los medios radio-eléctricos. Si algunos escritores se resistieron por largo tiempo a utilizar la máquina de escribir, a publicar en los periódicos para hacer conocer su pensamiento, los micrófonos y las cámaras de TV., lo han divorciado más de la gran masa potencial de oírlo y hasta verlo. En muchos casos, el criterio exclusivista de libro como medio de comunicación del escritor, es un rechazo a adecuarse a las exigencias de las aparentemente complicadísimas técnicas de los medios de comunicación social, especialmente de la radio y la TV. El libro se ha convertido en un Getho, del cual se niegan a salir algunos escritores para no contaminarse con la cibernética, la electrónica y otras tecnologías creadas por la ciencia, con el agravante de que esos poderosísimos medios de comunicación social quedan en manos de los más audaces, no siempre



los más capaces. Al periodismo llegaron los escritores en una época virtuosa para las letras y ampliamente beneficiosa para los lectores. De allí fueron desplazados lenta pero efectivamente. A los medios radio-eléctricos nunca, o muy poco, se ha acercado. La comunicación social está en poder de una industria que hasta ahora no ha podido generar educación ni cultura para las naciones.

Pero como el hombre escribe para comunicarse, es una responsabilidad y un reto del escritor conquistar un espacio y un tiempo en los medios de comunicación social, para hacer llegar su pensamiento a millones de personas que lo necesitan y hasta lo quieren. El libro seguirá ocupando el lugar preminente que hasta ahora ha disfrutado e incluso aumentará su circulación, cuando el escritor lo haga conocer exponiendo, analizando, comentando su contenido y su valor en la prensa con mayor énfasis y profundidad, y en la Radio y la Televisión. Las páginas de opinión no sólo deben aumentar para dar cabida al pensamiento del escritor, sino también las páginas especializadas. El ensayo breve, el artículo, la crónica, la poesía, el cuento, etc. deben ocupar un espacio privilegiado en estas últimas.

Existen experiencias para no ser pesimista, aún en la estructura empresarial de los medios impresos. Algunos periódicos y revistas han abierto sus páginas por iniciativa de sus directivos. Si a ello se agregase una actitud diligente de los escritores, podría cambiar el contexto actual en que se desenvuelven esos medios. La revista especializada, colocando su administración en manos técnicas, que reuna escritores de renombre y a jóvenes con condiciones de consolidarse como intelectuales en el futuro mediato o inmediato, podría ocupar algún tiempo fecundo en la reflexión y el quehacer del escritor. La participación del escritor en algunas fases del periodismo, en la que además de hacer conocer su pensamiento, cree estímulos a la lectura. La literatura y el periodismo podrían, incluso deberían, reencontrarse, no de una manera aislada tal como algunos escritores lo vienen haciendo en muchos países del mundo, sino de una manera sistemática, que responda a una planificación del trabajo intelectual, con claros objetivos de influir en el lector y atenuar la alienación publicitaria. El virtuosismo de la palabra puede encontrarse tanto en un libro como en un periódico. Ello depende del escritor y no del medio.

Peró donde el reto es casi existencial para el escritor es en los medios audiovisuales. La radio y la televisión se han convertido en instrumentos indispensables para conducir la sociedad. A través de estos medios, especialmente de la televisión se ejerce un poder ideológico determinante en algunos núcleos humanos, considerables por su número y su fragilidad frente al poder de manipulación que intentan y logran con frecuencia los agentes del estancamiento y del atraso socio-cultural. La exposición de millones de personas durante varias horas al día, a un permanentemente bombardeo de mensajes que transmiten la radio y la TV., ha creado la falsa imagen de que el hombre posee un mayor nivel de información. Por el contrario, la desinformación, es cada día mayor porque el mensaje se transmite descontextualizado y el receptor termina por no saber nada importante de lo que sucede en el mundo, de lo que hace el hombre. Muy poca gente —que recibe y percibe la historia contemporánea a través de los medios de difusión masiva— sabe algo importante de la historia, de la geografía, de la literatura, de la cultura en general del pueblo o de la nación Iraní. La mayoría de las personas que vive y actúa en las condiciones se-

ñaladas, cuando más ha alcanzado a tener una noción de que en Irán gobierna un Santón llamado Joemini que ordena represiones y matanzas contra el hombre, que hay quienes le obedecen y ejecutan su mandato. Ninguno de esos receptores estaría en capacidad de explicar que fuerzas políticas, religiosas y culturales actúan y chocan en Irán. La llamada cultura de masa no permite razonar al hombre, sólo lo capacita para repetir frases y hasta ideas desvinculadas del contexto socio-cultural. El libro se vende porque la población es muy numerosa y existe un denso sector en ella al márgen de la influencia de los medios, especialmente de los radio-eléctricos. Para llegar a millones de marginales de la cultura, el escritor tiene que ampliar la cobertura del libro, con la de los medios de comunicación social.

En Venezuela existe una experiencia, quizás limitada, pero de alguna significación trascendente de comp puede hacer cambiar el gusto del público —aunque sea parcialmente— la participación de los escritores en los medios audiovisuales. Arturo Uslar Pietri y Adriano González León —para mencionar los más conocidos— han inaugurado, con su participación directa, importantes programas en la Televisión, que gozan de una extraordinaria audiencia y un prestigio colectivo que se expresa en la respuesta de los receptores en la consulta a los autores, para adquirir libros y profundizar en la materia expuesta. De una manera indirecta Salvador Garmendia y otros escritores nuestros han incursionado en la televisión nacional, con resultados favorables a la difusión y valoración de la cultura por amplios sectores nacionales.

Esa experiencia podría y debería ser ampliada, sistematizada de una forma tal que convierta en algo cotidiano la presencia de los escritores en los medios de comunicación social. Quizá aquí —si no se ha presentado antes— pueda surgir la interrogante de por qué los escritores tienen que expresarse al través de los medios masivos de comunicación. La respuesta sin duda alguna, que está ligada al papel del escritor en la sociedad, a su responsabilidad como creador de una cultura con fines más allá de la simple subjetividad. Si el escritor tiene que ver con la defensa del idioma, con el progreso espiritual de la humanidad y con la construcción de una sociedad pensante, en la que se respete la dignidad del hombre en su integridad física e intelectual, necesariamente tiene que salir del aislamiento e incorporarse al proceso de consolidación de la libertad. Para ello, su palabra tiene que leerse y oírse al través de los medios de comunicación social. El reto parece definitivo, cuando se piensa y se concluye que el contexto social que requiere el escritor para producir de acuerdo con sus ideas, inquietudes, sentimientos y hasta parámetros científicos, es el imperio de la libertad.

Mientras a través de los medios de comunicación social sólo se transmitan millones de mensajes, para preservar el poder de los sectores políticos y económicos, nacionales e internacionales, que dominan la sociedad, para vender mercancías, para crear necesidades que no se tienen, para alienar al hombre en el consumismo, para embrutecerlo con un lenguaje estereotipado y degradante, el escritor seguirá siendo un marginado de la sociedad contemporánea, su función será casi nula o nulificada. Sin entrar en el juego sucio de la manipulación del hombre por la acción de los medios, el escritor podría, tal vez, conquistar el corazón del hombre y contribuir a salvar la humanidad de la degradación, de la hecatombe.

